

Traducción y rigor en el periodismo científico, un binomio marcado por la prisa

Malen Ruiz de Elvira*

Resumen: En la comunicación de las informaciones científicas intervienen factores que suponen una lucha constante en pro de la precisión y el rigor. Uno es el idioma, ya que el inglés es el idioma de la ciencia, y otro es la prisa con la que hay que redactar las informaciones en un periódico. Los grandes cambios que se han producido en la elaboración de las informaciones, por la emergencia de internet y la mayor facilidad de comunicación, no se reflejan todo lo positivamente que deberían por elementos como la precariedad de los medios y una mayor competencia entre ellos.

Palabras clave: ciencia, idioma, periodismo, precisión, rigor.

Translation and rigor in scientific journalism, a pairing marked by speed

Abstract: Factors that interfere with scientific reporting lead to a constant struggle for precision and rigor. One is language, since English is the language of science, and another is the speed with which newspaper articles must be written. The great changes that have occurred in reporting, due to the emergence of the Internet and greater ease of communication, are not reflected in an entirely positive light because of such elements as the scarcity of media outlets and greater competition among them.

Key words: journalism, language, precision, rigor, science.

Panace@ 2015; 16 (42): 118-119

Recibido: 11.IX.2015. Aceptado: 1.X.2015

Si hay algo que tengo claro como periodista es que una cosa es la teoría y otra la práctica. Como oficio que es, el periodismo se aviene mal a la grandilocuencia teórica, pero tampoco puede, precisamente por ser un oficio —una artesanía al fin y al cabo—, evadirse de cumplir unas normas imprescindibles. La más importante, me parece, es transmitir claramente el mensaje. Qué quiere decir «claramente» es algo mucho más complicado de explicar que de realizar cuando ya se tiene el oficio, pero puedo tratar de explicarlo.

Lo primero es el lenguaje, porque sin lenguaje no hay periodismo, y perdón por la obviedad. El problema con el lenguaje es que es la herramienta imprescindible, pero no se puede quejar cuando lo maltratan, e incluso entonces sigue siendo útil para comunicar. Así pues, el periodista debe teóricamente respetar las normas del lenguaje, para lo cual tiene primero que conocerlas, porque va en su propio interés que el lenguaje tenga normas para poder comunicar. Sin embargo, a menudo intervienen factores que impiden que el producto sea todo lo pulido que sería deseable. Un factor que tiende a distorsionar el proceso es el idioma de origen de muchas informaciones y otro es la prisa con la que se elaboran estas. En la época actual el inglés es el vehículo de la ciencia y, por tanto, de la información sobre ciencia. Eso es algo con lo que se tiene que contar y no se puede evitar —lo siento por los románticos— y en consecuencia en el periodismo científico la traducción periodística, que no literal, es una parte fundamental del trabajo diario. Pero también es verdad que se puede traducir bien, regular o mal. Lo importante es intentar mejorar la calidad, la precisión y la eficacia de los términos o los conceptos tra-

ducidos para que formen parte de un texto final periodístico correcto en español.

Sin embargo, los antiguos duendes de las imprentas han hallado una nueva encarnación, ahora son fantasmas que se cuelan en el saber colectivo y lo deforman cuando de plasmarlo en una información se trata. Así surgen incorrecciones que parece que han llegado para quedarse.

El pasado verano, una noticia corrió por los medios. Era una información curiosa aunque anecdótica. El titular más común fue: «Una niña de 12 años supera el coeficiente intelectual de Einstein». Coeficiente, sí, en vez del término correcto, que es cociente. Una búsqueda realizada por medio de esa herramienta imprescindible que es ahora Google reveló que apenas dos de cada veinte medios periodísticos en español presentes en internet, y eso tirando por lo alto, utilizaron el término correcto. Varios meses después, la proporción era prácticamente la misma, no se han molestado los medios periodísticos desde entonces en cambiarlo, lo que refleja sobre todo la precaria situación de la mayoría de ellos.

Cuando un terremoto se convierte en noticia, ¿cuántos medios utilizan el término correcto «magnitud» para la escala de Richter, en vez de los incorrectos «grados» o «intensidad», a pesar de que el correcto es un término sencillo? Muy pocos. Otro ejemplo, ciñéndonos a España. La verdad es que en la denominación del CSIC, la mayor institución científica del país, en casi la mitad de las ocasiones se sustituye la correcta, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por Centro Superior de Investigaciones Científicas.

* Periodista científica. Excorresponsal científica del diario *El País*, Madrid (España). Dirección para correspondencia: malenruiz@telefonica.net.

Y luego están las incorrecciones gramaticales. Prácticamente todo el mundo cree que hace lo correcto cuando habla o escribe frases como «Este fue uno de los que hizo...», «Aquel fue uno de los que llamó...». Y así hasta el infinito. La concordancia entre el sujeto y el verbo en una oración no es ya algo que deba siempre respetarse.

También tenemos el ejemplo del bulo de Marte, que corre por el mundo como una epidemia anual, eso que se llama ahora una información viral. Todo surgió cuando alguien desconocido, probablemente con toda su buena voluntad pero seguramente no periodista, intentó explicar en internet la mayor aproximación en muchos años de Marte a la Tierra a finales de agosto de 2003. Así describió lo que se veía en el cielo nocturno: «Marte será (después de la Luna) el objeto más brillante en el cielo nocturno... Con unos modestos 75 aumentos aparecerá tan grande como la Luna llena a simple vista». Lo de que hacía falta un telescopio para que eso sucediera fue desechado mentalmente por los millones de personas a los que llegó el mensaje de forma errónea y que todos los meses de agosto anuncian en las redes sociales, los blogs o incluso los medios informativos que Marte se verá tan grande como la Luna llena.

No sé. Quizás el CSIC debería cambiar de nombre, y el IQ pasar a ser coeficiente, la escala de Richter medir en grados y «los que» considerarse sujeto singular. Llega un momento después de tantos años de profesión en que dan ganas de tirar la toalla. Si el mensaje llega, aunque sea de forma imperfecta, será que el idioma es algo dinámico y hay que adaptarse a las nuevas formas de cultura, por decirlo de una manera suave. La conclusión más fácil y tranquilizadora es que nada de todo esto es importante. El problema es que en el fondo sí lo es, y la degradación, una menor calidad, siempre va a más y termina por contaminar el mensaje y, por tanto, la credibilidad del periodismo.

Hay cosas todavía más irritantes para el periodista científico que intenta ofrecer un producto correcto, y es que compañeros o jefes suyos se sientan tan seguros en su ignorancia que cambien términos correctos por barbaridades, sin preguntar, y se publique la información con esos cambios. O que den por hecho que algo ininteligible o anecdótico merece publicarse inmediatamente por razones externas a la noticia en sí. Algunos ejemplos a continuación. Un hito que se produjo hace décadas en una instalación experimental de fusión nuclear fue portada en un periódico de difusión nacional. En el título se había incluido «El plasma alcanza los XXX grados». Lo que salió impreso fue «El plasma **sanguíneo** alcanza...». Cuando un físico español en Estados Unidos creyó haber hecho un gran descubrimiento, el director del periódico se enfadó mucho porque en aquellos tiempos en que las comunicaciones eran mucho más dificultosas que en la actualidad la noticia no había llegado a la redacción lo suficientemente deprisa. Se publicó así, sin apenas valoración e información de contexto, el supuesto descubrimiento del monopolio magnético, algo que lamentablemente todavía está por confirmar.

Hace ya muchos años que siempre que incluyo en una información un término que pienso que puede ser cambiado de buena fe por una barbaridad o por el incorrecto término al uso, lo aviso por escrito, sin importarme si con ello puedo molestar. Una pequeña contribución a un mayor y necesario rigor.

Y este tipo de cosas siguen pasando ahora que resulta cada vez más fácil obtener información básica, de contexto, de la que antes consultábamos en una enciclopedia de muchos tomos y tantas veces no encontrábamos. La información está como nunca presente y accesible a través de internet. Aunque sea con búsquedas indirectas, es ahora mucho más fácil encontrar el nombre en español de una proteína o una planta o un pez que en el siglo pasado. Entonces la prisa y la falta de medios inducían a la desesperación y ello llevaba incluso a poner nombres extraños o a levantar a algún contacto científico de la cama a través del teléfono para solventar una duda que tenía obligatoriamente que dejar de serlo porque las noticias no esperan. También se pueden corregir ahora en internet las equivocaciones, pero pocas veces se hace, sobre todo por falta de personal en esta época de tremenda crisis en el periodismo, que lleva tantas veces al pasotismo frente a las incorrecciones.

Aquí es cuando volvemos a la prisa, ese acelerador con aspectos positivos para el proceso informativo, porque obliga a trabajar a pleno rendimiento, con seguramente mejores resultados que cuando hay tiempo de sobra y no se sabe bien por dónde tirar. Antes, en los medios impresos, existían las erratas y la fe de erratas, que se referían a errores en el proceso mecánico de traspasar los textos escritos por los periodistas a las linotipias o el *offset*, y no tenían mayor importancia a no ser que cambiaran el sentido de una frase. Luego llegó la fe de errores, en la que el medio reconocía equivocaciones significativas en las informaciones. Ahora prácticamente todos los medios, impresos y no impresos, prescinden de reconocer errores a no ser que sean obligados a ello por sentencia judicial. La información va demasiado deprisa y la competencia es demasiado grande para andarse con detalles, parecen decir sin decirlo explícitamente. El problema es que quedan para la historia los errores plasmados en la memoria de la red de redes.

Los medios audiovisuales se libraron durante muchos años de esa presión —las palabras se las lleva el viento— pero la tecnología los ha alcanzado y ahora es fácil disponer de miles de horas de grabaciones y poder sacarles los colores respecto a las equivocaciones, aunque ello tampoco tenga demasiadas consecuencias en la mayor parte de los casos.

La prisa es la excusa perfecta para trabajar mal, pero también es verdad que en otros casos es un factor que se debe tener en cuenta cuando de juzgar una información se trata. Equilibrar rigor y velocidad sigue siendo lo más difícil del periodismo científico, aunque hayan cambiado tanto las condiciones de contorno en las últimas décadas —¿o decenios?—.

